

Fernando Álvarez

Entrañables aventuras en el islote

Guillermo Vega Zaragoza

Para los que nunca han visitado Ciudad del Carmen en el estado de Campeche, lo que cuenta Fernando Álvarez en su primera novela *El día que los muertos salieron a nadar* podría parecerles producto de una mente, ya no digamos muy imaginativa, sino definitivamente enfebrecida. Sin embargo, puedo dar fe de que ese tipo de personajes y situaciones tan poco usuales son el pan de cada día en esa isla que avizoró por primera vez el español Antón de Alaminos en 1518.

Me une con Ciudad del Carmen una relación de amor-odio, no tan feliz pero igual de perdurable como la del narrador y los protagonistas de la novela de Fernando Álvarez, por lo que ha sido una agradable coincidencia encontrarla: no sólo gocé leyéndola sino que me regodeé recordando los lugares, calles y playas que sirven como escenario a las peripecias de los personajes.

En Ciudad del Carmen suceden cosas tan extraordinarias como la impartición de la maestría inexistente más larga de la historia. En serio. Así sucedió: fui a Carmen por primera vez hace diez años a dar un curso de ensayo a profesores de preparatoria de la Universidad Autónoma del Carmen, la Unacar. Luego di otro de semiótica y uno más de novela. Tales cursos, que se pensaron al inicio como de actualización docente, luego se volvieron parte de un diplomado y con el paso de los años se convirtieron en una rimbombante “maestría en creatividad en el manejo del idioma español”. En 2013, los ocho alumnos que aguantaron hasta el final presentaron tanto sus trabajos terminales como sus exámenes profesionales, de los cuales fui sinodal. Se les entregaron sus diplomas en solemne ceremonia, y desde luego hubo bailongo, comedera, bebedera y toda la co-

sa. Nada más que semanas después, cuando los profesores fueron a tramitar su retabulación salarial por haber obtenido tal posgrado, en la oficina de recursos humanos les dijeron que dicha maestría, impartida por la propia universidad, era más balín que las disculpas de Peña Nieto, pues no estaba registrada en el catálogo de estudios de posgrado de la Secretaría de Educación Pública. Desde el primer curso que tomaron hasta el día de su examen habían pasado ocho largos años, y se quedaron sin maestría y sin aumento de sueldo.

Como esta, tengo muchas más anécdotas, pero no se trata de hablar de las mías sino de las que narra Fernando Álvarez en

esta regocijante novela. Como no aparece en la solapa del libro, hay que mencionar que Fernando Álvarez es un connotado biólogo, incesante investigador de la fauna marina de nuestro país, investigador titular C en el Instituto de Biología de la UNAM, nivel 3 del Sistema Nacional de Investigadores —el grado más alto que puede alcanzar un científico en México—. Quizá la modestia en materia literaria, dado que se trata de su primera incursión en el ámbito novelesco, lo haya llevado a omitir los logros que ha obtenido en su carrera científica, a lo mejor pensando que el arte y la ciencia son compartimentos estancos, que poco o casi nada tienen que ver entre sí.



Fernando Álvarez

© DGCS/UNAM

Nada más alejado de eso, y en el caso de la novela se hace aun más palpable.

Podríamos asegurar que sin su experiencia como investigador analizando la fauna marina, Fernando Álvarez no habría podido escribir una novela como esta. No sólo por la actividad de los protagonistas —estudiantes de biología que se trasladan a Ciudad del Carmen a realizar sus prácticas universitarias hace unas décadas atrás—, sino por la forma en que está narrada: con gran detalle, orden y minuciosidad. Exactamente como si estuviera registrando la conducta de especímenes exóticos de la fauna acuática. No es excesivo afirmar que el novelista es eso: un observador del alma humana, acucioso, preciso, concreto hasta la extenuación, porque su materia prima son los deseos, las obsesiones, los miedos y las ilusiones que mueven a los seres humanos y los llevan a convertirse en grandes héroes o a cometer errores inconcebibles.

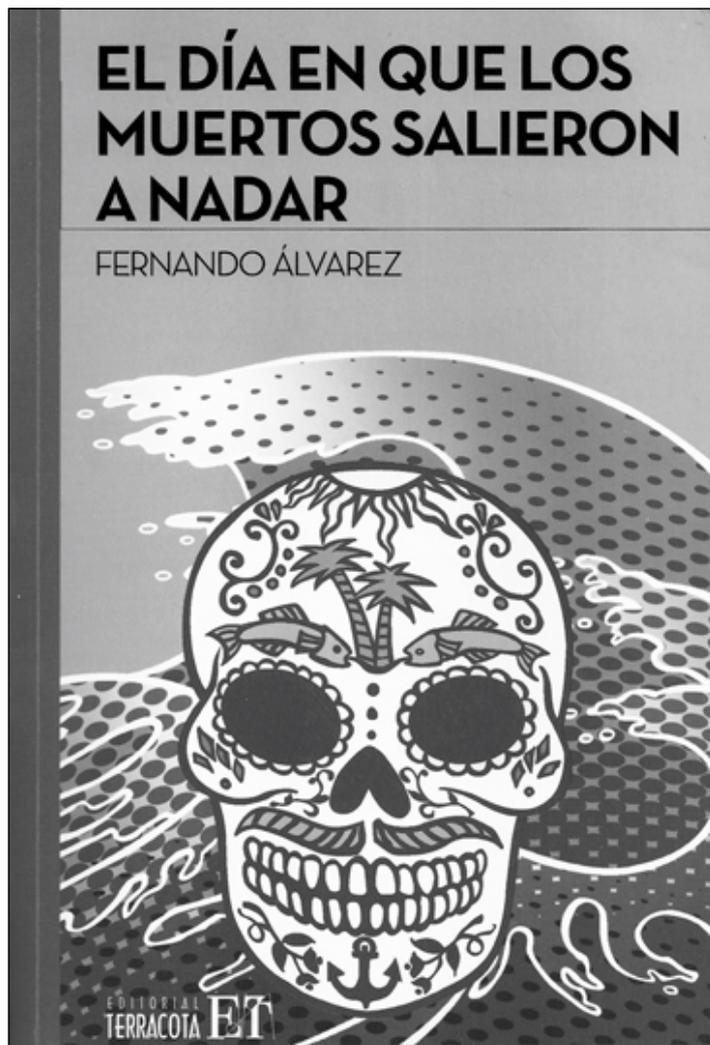
Pero en esta novela no nos encontramos con algo tan elevado ni trágico, sino

con la narración de las vicisitudes iniciales de un grupo de jóvenes —Paco, Orégano, Fili y el narrador, a quien llaman Pescado— durante los meses que radican en Ciudad del Carmen realizando sus prácticas profesionales, levantando y analizando muestras de la fauna nativa en la Laguna de Términos. Ya en la isla, al cuarteto se le unen el flaco seco de Tomás Menchaca y el chino Jimmy Low, quienes les sirven de compinches y virgilio en sus correrías.

Fernando Álvarez es un narrador solvente y, sobre todo, muy entretenido, con gran sentido del humor. No se retrasa en trucos literarios, en tratar de apantallar al lector de lo mucho que sabe sino que simplemente aplica la máxima que nunca debería perder de vista ningún narrador: contar, contar, contar. En este sentido, Fernando Álvarez es un novelista clásico, casi como si proviniera del siglo XIX, pero en realidad su aprendizaje está en nuestros clásicos modernos latinoamericanos: García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier...

A lo largo de 34 cortos capítulos que conforman la novela, nos adentramos en la cotidianidad de su vida en el islote, en el afecto y camaradería que surgen con las peripecias y el ajeteo diario, presentándonos, además de la descripción puntual de extraordinarios paisajes, una inmensa galería de personajes insólitos y extravagantes, por decir lo menos, que el narrador perfila con trazos puntuales e incisivos; muchos de ellos parecen extraídos de novelas de lo que algunos siguen llamando “realismo mágico”, pero aquí se trata de la pura realidad, ficcionalizada, sí, pero totalmente posible y verosímil. Tenemos, por ejemplo, al Capitán Buenos Días, de trágico destino; al abarrotero Chucito, que se ha rebautizado como Jaqueline-Josephine, más acorde con su indeterminada sexualidad; al doctor Deloyé (que suena a albur suicida); al gringo Frits Damen, que se la pasa diciendo groserías sin que vengan al caso; a La Huesitos, novia del flaco seco; a Mirella La Maeva, por sus aires de playa de gran turismo; al señor Ostra, al

© DGCS / UNAM



profesor Bigotinski, o al Coalíndrome, que parece nombre de monstruo de las profundidades abisales, pero que en realidad es un marino que se la pasaba burlándose de los muchachos por desconocer los secretos de la navegación, entre muchos otros. El propio narrador reflexiona acerca de si Stanislaw Lem o Philip K. Dick habrían pasado por Ciudad del Carmen y la Laguna de Términos para inspirarse y escribir sus novelas, pues “en caso de que lo hubieran hecho, todavía estaban a tiempo de afinar sus relatos con los hechos, situaciones y atmósferas que se viven en esta geografía de lo improbable”.

El grupo de amigos se va convirtiendo en una presencia habitual entre la comunidad carmelita, recorren de punta a punta la isla y sus alrededores —de Playa Norte a Sabancuy, de Isla Aguada a Manigua, de Palizada a Puerto Real—, no sólo con motivo de sus investigaciones científicas e incursiones acuáticas en playas y manglares, sino por las aventuras, comidas, fiestas y tertulias a las que son invitados por los amigables isleños. Reflexiona el narrador:

“El comienzo de la aventura en el trópico había llevado un ritmo vertiginoso, todos los días éramos testigos de algo nuevo, todos los días conocíamos a más carmelitas ilustres o singulares, todos los días nos encontrábamos ante una nueva situación que había que resolver, todos los días entendíamos y sentíamos más cómo era vivir en el paraíso de los mosquitos, sometidos constantemente a temperaturas humillantes. Percibíamos, sin tenerlo muy claro, que sí era posible una vida con una increíble combinación de tiempos, puesto que tantos nuevos episodios ocurrían con una cadencia propia que en todo caso se acercaba más a un *largetto* que a un *allegro*. No había habido mucho tiempo para reflexionar sobre los avances y nuestro proceso de adaptación a la nueva realidad. Realidad que sería temporal, todos lo sabíamos, pero suficientemente larga como para requerir ajustes en las conductas y costumbres. Íbamos los cuatro arrastrados por una marea de acontecimientos que se prolongaba con un paso constante, no cedía, produciendo una emoción muy especial de anticipación y euforia. Quizá se producía un fenómeno de cambio que no

podíamos entender ni explicar adecuadamente. Quizá toda nuestra energía se consumía en vivir los episodios diarios sin tener capacidad para reconocernos en un nuevo escenario tan distante de la capital en todos los sentidos”.

A los pocos meses, nuestros héroes están “tan inmersos en la vida social local que nuestra agenda estaba dominada por las relaciones públicas y teníamos comal y metate con media Ciudad del Carmen”. En efecto, un elemento que permea toda la novela es el tema de la comida y la bebida. Son extensas las referencias al asunto alimenticio, desde las constantes comilonas de los llenadores tacos de carnitas de Los Almendros, pasando por las delicias exóticas de los tamales de carne de iguana, de armadillo y de víbora, hasta llegar al detallado método de control de la despensa colectiva en la bodega-dormitorio que comparte el grupo. Es decir, estos jóvenes, además de inquietos, son inveterados tragones. Resulta sobresaliente el capítulo XVII, en el que se relata el minucioso y cuestionable proceso mediante el cual los dueños de la mencionada taquería Los Almendros —doña Blanquita y don Juliancito— se hacían de la materia prima para elaborar las succulencias que degustó durante años media isla.

Cabe destacar la importancia que ocupa la presencia femenina en esta novela: mujeres trabajadoras, compañeras y pilares de la comunidad y, desde luego, como objeto de deseo, sobre todo para el narrador, quien entra en una confusión total por tener la osadía de enamorarse, al mismo tiempo, de “madre e hija, frescura y madurez, deseo y fantasía, pero al final obsesiones sexuales ambas”. En efecto, el joven biólogo se debate entre la atracción que siente por la señora Milagros, guapa mujer casada, y por su hija, la también bella Abril, situación irresuelta que le abrirá “una herida que perduraría para siempre, sin posibilidad de cerrarse y curarse”. Mucho antes del desenlace de la historia, el abarrotero travesti Jaqueline-Josephine les dice a los inexpertos biólogos: “El infierno puede tener una cara dulce, la desesperanza se puede aceptar con una sonrisa, pero el destino puede doler continuamente, todos los días”.

Dice el filósofo inglés Simon Critchley que en el mundo moderno se aspira continuamente a la “identidad narrativa”, pues sentimos que “la unidad de nuestra vida reside en la coherencia del relato que podemos contar de nosotros mismos”. Por eso el narrador de esta novela —que podría considerarse un genuino *Bildungsroman*— tiene que contar esta historia de entrañable nostalgia, de un tiempo, unas circunstancias y unos personajes, en un esfuerzo de propio entendimiento, pero que nunca volverán, salvo como recuerdos. Al contárnoslos, el narrador se explica y les encuentra sentido; al escribir esta novela Fernando Álvarez seguramente le encontró sentido a muchas cosas acerca de sí mismo y de las experiencias que ha vivido, y nosotros, al leerla, también nos reflejaremos en el espejo de nuestra propia existencia.

La fuerte imagen que da título al libro puede parecer en primera instancia hasta graciosa y ocurrente, pero al enterarnos de lo que se refiere en realidad, la metáfora se transforma en un pesado símbolo de la precariedad de la vida humana. Dice el narrador de esta excelente primera novela de Fernando Álvarez:

“Una vez que se es un cofrade del más allá, el futuro es lo que ya ocurrió y lo que ya ha pasado y se acabó; los cambios por venir son los que hilaron la historia que ya se escribió para cada quien. Se ingresa a un camino enredado de solamente recuerdos que ya no sirven para nada. El puente que me une a los vivos y a los muertos, construido sobre arcos de devoción e inventiva, termina por derrumbarse sin importarle ni a unos ni a otros. Para los muertos olvidados el mundo gira alrededor de un vacío lleno de una cómoda calma que acoge a todos, que satisface a todos, que condena a todos. Por fin se llega a buen puerto, después de todo uno va a estar más tiempo del que estuvo vivo”.

Palabras de un biólogo y novelista que algo debe saber —nomás por todo el tiempo que se ha pasado observándolas— acerca de la vida y de su inevitable contraparte. **U**

Fernando Álvarez, *El día en que los muertos salieron a nadar*, Terracota, México, 2016, 248 pp. Colección La Escritura Invisible, 70.